

TERCERA EDICIÓN

# *Tradición y cambio*

.....  
*Lecturas sobre la cultura  
latinoamericana  
contemporánea*

**Denis Lynn Daly Heyck**

*Loyola University Chicago*

**María Victoria González Pagani**

*University of California, Santa Cruz*



Boston Burr Ridge, IL Dubuque, IA Madison, WI New York San Francisco St. Louis  
Bangkok Bogotá Caracas Kuala Lumpur Lisbon London Madrid Mexico City  
Milan Montreal New Delhi Santiago Seoul Singapore Sydney Taipei Toronto

## JUDITH ORTIZ COFER (1952–)

Esta conocida artista nació en Puerto Rico, pero se mudó al continente cuando era niña. Durante su niñez hizo viajes familiares frecuentes entre la Isla y New Jersey, los cuales proveían la inspiración para sus temas predilectos de migración, adaptación y el papel de la mujer en ambas culturas. Otros libros recientes de Ortiz Cofer incluyen *The Latin Deli: Prose and Poetry* (1995) y *Woman in Front of the Sun* (2000). Nuestra selección fue extraída de su *Silent Dancing: A Partial Remembrance of a Puerto Rican Childhood* (1990), traducido al español en 1997 por Elena Olazagasti-Segovia. Ortiz Cofer es titular de la cátedra Franklin de inglés y *Creative Writing* en la Universidad de Georgia.



### Quinceañera

**Pregunta:** ¿Qué debe hacer una muchacha para que los jóvenes anden detrás de<sup>1</sup> ella?

**Respuesta:** Irse delante de ellos.  
—Adivinanza puertorriqueña

Tenía quince años cuando fui a Puerto Rico por última vez siendo una niña. La próxima vez que visitara la Isla sería de recién casada, años más tarde. Ese último verano que formé parte de la tribu matriarcal de mi madre aprendí unas cuantas cosas sobre lo que significa convertirse en mujer en Puerto Rico.

De pequeña, la casa de mi abuela había parecido un laberinto de maravillas, con su colección de cuartos sin ton ni son,<sup>2</sup> pocas puertas que cerraban con llave y el bullicio<sup>3</sup> constante de tías, tíos y primos. A los quince años, resentida por haber sido arrancada otra vez de mi ambiente de New Jersey —sobre el cual yo pensaba que estaba empezando a triunfar con mi creciente dominio de sus reglas— me sentía sofocada por la multitud de familia en la casa de Mamá. Era un lugar donde pedir intimidad se consideraba de mala educación,<sup>4</sup> donde la gente te preguntaba adónde ibas si tratabas de salir de un cuarto, donde una adolescente era vigilada a cada minuto por las mujeres que actuaban como si se llevara una especie de bomba de tiempo en el cuerpo que pudiera estallar en cualquier minuto; y peor, constantemente se te advertía<sup>5</sup> acerca de tu comportamiento<sup>6</sup> frente a los hombres: no cruces las piernas así cuando haya un hombre en el cuarto, no andes por ahí en tus pijamas, nunca interrumpas sus

<sup>1</sup>anden... estén interesados en  
<sup>2</sup>sin... sin motivo  
<sup>3</sup>ruido, alboroto  
<sup>4</sup>de... falta de cortesía  
<sup>5</sup>aconsejaba, enseñaba  
<sup>6</sup>manera de conducirse

conversaciones. No importaba<sup>7</sup> si los hombres eran mis tíos, mis primos o mi hermano. De alguna manera mi cuerpo, con sus nuevos contornos y sus nuevos poderes biológicos, lo había cambiado todo: medio mundo se había vuelto ahora una amenaza o se sentía amenazado por su potencial para el desastre.

La devastación causada por los cuerpos femeninos se me hacía evidente en todas partes ese verano. Uno de mis tíos, recién casado, todavía vivía en casa de Mamá con su esposa encinta<sup>8</sup> a quien había que tratar con exasperante finura. Ella pedía cosas extrañas para comer y todo el mundo se mataba<sup>9</sup> por conseguírselas, por miedo a que se enfadara<sup>10</sup> y tuviera un parto difícil. Lloraba por cualquier cosa, tomaba siestas al mediodía y todo el mundo andaba de puntillitas<sup>11</sup> hablando en susurros.<sup>12</sup> Era evidente para mí que ella lo estaba pasando requetebién,<sup>13</sup> aprovechándose de un embarazo perfectamente normal para actuar como una inválida.<sup>14</sup> Cuando me quejé con mi madre en privado, aprendí que la mujer tenía derecho a reclamar atención cuando estaba esperando su primer hijo; la vida se pondría más que difícil más adelante.

Al otro lado de la calle vivía una joven madre menos afortunada. Nora era unos cuantos meses mayor que yo. Me acordaba de ella de la escuela en los últimos meses que había pasado en casa de Mamá. Ella siempre parecía más madura que las otras muchachas y no en balde.<sup>15</sup> Tenía toda una tropa<sup>16</sup> de hermanitos y hermanitas en la casa a los cuales tenía que cuidar mientras su madre trabajaba el último turno en una fábrica. Oí decir que había dejado la escuela en el primer año, para fugarse con un hombre que le doblaba la edad. Él nunca se casó con ella y ella regresó a la casa encinta y luciendo agotada<sup>17</sup> y desanimada.<sup>18</sup>

A menudo, sentada en el balcón de la casa de Mamá aquel verano para escaparme del caos en el interior, veía a Nora salir de la casa de vez en cuando.<sup>19</sup> Solía cargar a su hijo en la cadera mientras barría con una mano o trabajaba en el huerto. ¿Tendría sólo dieciséis años? Su cuerpo estaba hinchado en una forma anormal, sus movimientos eran lentos, como si no tuviera energía ni voluntad. Me repugnaban<sup>20</sup> su apariencia y su letargo.<sup>21</sup> Sentía una rabia inexplicable cuando la veía.

Todos los días Mamá se levantaba a las cinco a trabajar en la casa. Se había dedicado al hogar desde que pudo andar, y como una autómatas programada de por vida, siguió una rutina de trabajo y autosacrificio hasta su vejez. A pesar de ser la figura dominante en su casa —todas las decisiones prácticas que cualquiera de sus ocho hijos y su esposo tomaran tenían que ser aprobadas por ella— hasta el día de hoy ella cree que sobre todo, el trabajo redime<sup>22</sup> la vida de una mujer: las manos ocupadas todo el tiempo, trabajando, trabajando, trabajando para los otros. Mamá se daba a sí misma y les daba a los otros poco tiempo libre. Sólo los pequeños estaban exentos de las tareas. Eran los únicos a quienes se les permitía perder tiempo: todos los demás tenían que estar ocupados mientras estuvieran en presencia de ella. Esta ética del trabajo se aplicaba a mí especialmente, debido a que en su opinión era una quinceañera y se me entrenaba para las exigencias de la feminidad y el matrimonio.

<sup>7</sup>No... No era

importante

<sup>8</sup>embarazada

<sup>9</sup>se... hacía grandes esfuerzos

<sup>10</sup>enojara

<sup>11</sup>de... con la punta de los pies

<sup>12</sup>en... en voz baja

<sup>13</sup>muy bien

<sup>14</sup>persona con impedimentos físicos

<sup>15</sup>en... sin motivo

<sup>16</sup>muchedumbre

<sup>17</sup>muy cansada

<sup>18</sup>sin energía

<sup>19</sup>de... a veces

<sup>20</sup>causaban asco

<sup>21</sup>inactividad, lentitud

<sup>22</sup>hace válida

No era que Mamá apoyara el matrimonio como la única opción de la mujer; era todo lo que a ella se le había enseñado a esperar para sí misma, para sus hijas y, ahora, para sus nietas. Si una mujer no se casaba, se metía a monja o entraba a «la vida», de prostituta. Desde luego había algunas profesiones que una mujer podía practicar —enfermera, maestra— hasta que encontrara un hombre para casarse. El peor destino era quedarse sola (por esto entendía quedarse sin hijos, en vez de sin marido) en la vejez. Mamá nunca en su vida había estado sola. Aún ahora, cuando es una anciana, llena la casa de bisnietos siempre que es posible. Para ella la soledad significa la negación de la vida.

Y así el verano de mis quince años en Puerto Rico me resistí a aprender a cocinar alegando<sup>23</sup> que me mareaba<sup>24</sup> en el calor de la cocina. Por suerte había tantas cocineras disponibles en la casa que no me echaron de menos;<sup>25</sup> sólo me pusieron en ridículo.

Todavía disfrutaba de escuchar a las mujeres hablando de su vida y todavía me deleitaban<sup>26</sup> y memorizaba los cuentos de Mamá, pero para entonces empezaba a reconocer el subtexto de las insinuaciones sexuales, a detectar el sarcasmo y a encontrar las claves escondidas para sus verdaderos sentimientos de frustración en el matrimonio y en la vida estrictamente limitada de las mujeres en Puerto Rico.

Ese verano me cortejaron y me dieron serenatas en un estilo que me parece que prácticamente ha pasado de moda. Era 1967 y el resto del mundo parecía estar precipitándose<sup>27</sup> de cabeza al futuro. Sin embargo, en este pueblo los jóvenes se llenaban los bolsillos con vellones<sup>28</sup> para que cuando sus muchachas favoritas pasaran por la bodega céntricamente situada pudieran tocarles canciones de amor en la vellonera.<sup>29</sup> Cada pareja sabía cuál era «su canción» después de muchas repeticiones. Sin chaperona o en la compañía de sus amigas, a la muchacha se le informaba de que se mantuviera reservada, que no mirara directamente al muchacho que por lo general se paraba a la entrada de la tienda. Si se trataba de un muchacho tímido, se le quedaba mirando fijamente a su amada; si era valiente, cantaba acompañado del disco, ocasionando la inmensa diversión y los bulliciosos comentarios de los otros hombres en la tienda. Era un emocionante ritual de hacer la corte,<sup>30</sup> tanto elegante como descarado,<sup>31</sup> para el cual yo no tenía preparación, ya que la versión del piropo<sup>32</sup> que había en Paterson, los gritos, los silbidos y la poesía callejera a la que los hombres latinos someten a las mujeres, era radicalmente diferente de este dramático y romántico galanteo llevado a cabo sin torpeza<sup>33</sup> y sorprendentemente aceptado por los adultos como parte de la carga de tener hijos adolescentes.

El arreglo era, por fin lo comprendí, que no podía haber comunicación directa entre la muchacha y el muchacho a menos que se tratara de amores en serio; de ser así, el muchacho les pediría permiso a los padres de la muchacha para visitarla y escoltarla (en grupos solamente) a los bailes, etc. Las parejas, desde luego, violaban esta regla lo más frecuentemente que podían.

Aprendí lo que se debe y lo que no se debe hacer en el juego por observación directa. A pesar de que tenía pocas amigas íntimas en el pueblo, tenía un

<sup>23</sup>aduciendo, argumentando  
<sup>24</sup>me... turbaba  
<sup>25</sup>me... notaron mi ausencia  
<sup>26</sup>producían placer  
<sup>27</sup>lanzándose, arrojándose  
<sup>28</sup>monedas de 5 centavos  
<sup>29</sup>tocadiscos con monedas  
<sup>30</sup>hacer... cortejar, galantear  
<sup>31</sup>sin vergüenza  
<sup>32</sup>alabanza para seducir  
<sup>33</sup>falta de elegancia

tío que era sólo seis meses mayor que yo, y una tía, su hermana, que estaba en el último año de escuela secundaria, los dos enamorados ese año. Ambos me usaban de parachoques<sup>34</sup> y de pretexto para ver a los objetos de su amor. Recuerdo una vez cuando mi tío me ofreció enseñarme a montar en bicicleta. Todos estaban sorprendidos de que me lo ofreciera ya que su actividad favorita era el béisbol y apenas se le veía el pelo<sup>35</sup> en casa. Mi madre aceptó el ofrecimiento y un día salimos por el pueblo: yo iba de pasajera y él pedaleaba<sup>36</sup> frenéticamente. Cuando llegamos al campo se paró para recobrar el aliento y para explicarme que íbamos a recoger a otras personas para ir a una merienda junto al río. Me dio instrucciones para que cuando paráramos la próxima vez frente a una casa, yo fuera a la puerta y preguntara por Carolina. Él se mantendría fuera de la vista. No tardé mucho en entender su plan. Yo era su pantalla.<sup>37</sup> Él tenía una cita con la muchacha a quien no le permitirían salir con un muchacho, pero si yo me hacía pasar por su compañera de clase, era posible que la dejaran.

Fue un día divertido según las otras parejas se nos unieron y yo recibí muchísima atención de un muchacho negro de nombre Wilson, quien, como yo, estaba sirviéndoles de pantalla a su hermana y a su amigo. De regreso, mi tío se sintió obligado a darme una lección en la bicicleta. Por desgracia, perdí el control en lo alto de una loma<sup>38</sup> y me precipité en un matorral.<sup>39</sup> Él venía detrás de mí gritándome que usara los frenos, pero en mi pánico se me había olvidado que estaban en el manubrio.<sup>40</sup> La bicicleta quedó guayada<sup>41</sup> y doblada, y yo recibí chichones<sup>42</sup> y magulladuras<sup>43</sup> que no pude esconder por mucho tiempo de la vigilancia de mi madre.

No hubo más viajes en bicicleta para mí después de ese incidente, pero las bicicletas continuaron desempeñando una parte importante en mi desarrollo ese verano.

Los muchachos del pueblo usaban las bicicletas como su contrapartida en los Estados Unidos usaban los carros deportivos. Pasaban corriendo frente a las muchachas que estaban persiguiendo; hacían proezas<sup>44</sup> e imprudencias<sup>45</sup> en ellas, pero mayormente se paseaban de arriba para abajo por la calle de la casa de las muchachas que habían escogido con la esperanza de divisarlas o de que precavidamente<sup>46</sup> les hicieran un saludo con la mano. Esto solía suceder al atardecer, después de la comida, cuando se acababan los sudorosos partidos de béisbol, cuando los hombres habían terminado el día; después de que se habían lavado el polvo del campo de juego en el baño y se habían aplicado colonia y brillantina<sup>47</sup> *Brillcream* generosamente.

En casa de Mamá los adultos tenían paciencia cuando mi tío, mi tía y yo monopolizábamos los baños y los tocadores por varias horas. Entonces mi tío se montaba en su vehículo ligeramente arañado<sup>48</sup> y se iba a «ver a su mujer», quien estaría haciendo lo que mi tía y yo nos estábamos preparando para hacer: emperifollándonos<sup>49</sup> nada más que para sentarnos en el balcón, con la esperanza de que los otros se quedaran en la sala a mirar las novelas. Era casi seguro que lo harían, puesto que las telenovelas puertorriqueñas

- <sup>34</sup> cubierta,  
 encubrimiento  
<sup>35</sup> apenas... casi no se le veía  
<sup>36</sup> movía los pedales de la bicicleta  
<sup>37</sup> encubridora,  
 distractora  
<sup>38</sup> elevación en el terreno  
<sup>39</sup> lugar con maleza  
<sup>40</sup> parte de la bicicleta donde se ponen las manos  
<sup>41</sup> estropeada  
<sup>42</sup> bultos producidos por un golpe  
<sup>43</sup> contusiones  
<sup>44</sup> acciones valerosas  
<sup>45</sup> acciones sin cautela  
<sup>46</sup> con cautela  
<sup>47</sup> brillo para el pelo  
<sup>48</sup> raspado, rayado  
<sup>49</sup> arreglándonos, adornándonos

creaban hábito tanto entre los hombres como entre las mujeres. A diferencia de las telenovelas que pasaban durante el día en los Estados Unidos, las novelas eran miniseries intensas cargadas de una historia de amor extremadamente dramática, repleta<sup>50</sup> de traiciones, corazones destrozados, hijos rebeldes, madres sufridas y padres apuestos, hasta un final feliz, predecible pero espléndido. Son episódicas: perder el capítulo de una noche es como no sentirse en la cama al lado de un hijo enfermo o llegar tarde a la boda de la hija. Los personajes de estas novelas forman parte de las conversaciones diarias. En algunas ocasiones me daba trabajo mantener a los personajes de los cuales Mamá hablaba con gran emoción separados de los parientes que apenas conocía.

Pero el amor verdadero era más importante que las penurias de los desgraciados enamorados de las novelas, aunque el contraste entre los encuentros apasionados de los actores y los diálogos líricos, y el dar vueltas en silencio de los jóvenes en sus bicicletas parecen casi absurdos al recordarlos. Pero la emoción de ver aparecer al fondo de la calle a la persona anhelada<sup>51</sup> no se podía comparar con ningún melodrama de televisión.

El novio de mi tía estaba a punto de formalizar las relaciones. Él también iba a entrar en el último año de escuela secundaria. Pronto sería un trabajador. Iba a aprender a guiar un camión. Estaba aprendiendo mecánica en la escuela. Sus planes eran conseguir un trabajo de chofer de largas distancias y de mecánico para un negocio americano. Entonces le pediría que se casara con él. Los dos lo sabían, sin embargo disfrutaban de los últimos días de su inocente noviazgo.<sup>52</sup> Ella estaba radiante y me apretó la mano con fuerza en el balcón a oscuras tan pronto lo vio pasar despacito, sin darse prisa, casi deteniéndose en su lustrosa<sup>53</sup> bicicleta. Era erótico este encuentro de las miradas, el delicado balanceo del joven en su máquina. Le apreté la mano. Sabía lo que estaba sintiendo. Pronto mis dos paladines<sup>54</sup> estarían ejecutando sus danzas acrobáticas para mí también.

Sí, yo tenía dos admiradores: uno negro, otro blanco, los dos guapos. Wilson, a quien había conocido en mi desafortunada excursión con mi tío, me había estado tocando canciones en la bodega. Trataban de amores imposibles, puesto que yo era una «americanita», no sólo de piel clara, sino residente del norte. Me iría en unos cuantos meses. Me ponía *Paloma blanca* y cualquier otra canción que mencionara la palabra «blanca» o tratara el tema del abandono. Era un hermoso muchacho color ébano, cuyo encanto era bien conocido en todo el pueblo. Hasta a las mujeres mayores les parecía atractivo, un hecho que preocupaba a mi madre. Ella me advirtió que Wilson era «muy maduro» para su edad. Se limitó a decirme: —No le des demasiadas esperanzas—. Al principio, por haber vivido el antagonismo entre los negros y los puertorriqueños en Paterson, pensé que ella estaba actuando movida por el prejuicio contra el color del muchacho, pero pronto me di cuenta de que la raza no tenía nada que ver con su preocupación (por lo menos era lo que me daba a entender); era que acababa de enterarse de que Wilson estaba

<sup>50</sup>completamente llena

<sup>51</sup>deseada, ansiada

<sup>52</sup>relación de novios

<sup>53</sup>brillante

<sup>54</sup>caballeros heroicos

desarrollando rápidamente la reputación de mujeriego<sup>55</sup> y tenía miedo de que violara los límites del decoro<sup>56</sup> si yo le daba la oportunidad.

Por poco siento la tentación de hacerlo, estimulada por sus palabras de advertencia, pero me había enamorado perdidamente de Ángel Ramón, el otro muchacho. Tenía pelo rizo,<sup>57</sup> ojos verdes y una sonrisa tímida. No decía nada, no me ponía discos en la bodega, pero su intensa mirada me ordenaba que lo amara. Rompí las reglas del decoro con él a la primera oportunidad y eso le puso fin al idilio.<sup>58</sup>

Una tarde estaba sola en el balcón; mi tía se había ido a hacer no sé qué cosa con mi madre y Mamá. No recuerdo quién más estaba en casa, pero nadie me estaba vigilando. Esperé hasta que Ángel Ramón me clavó los ojos encima<sup>59</sup> y me arriesgué.<sup>60</sup> Me levanté de la silla y le hice señas para que me siguiera al jardín de la parte de atrás. Con cara de susto,<sup>61</sup> maniobró su bicicleta hacia la entrada. Estaba casi oscuro y lo que estábamos haciendo era peligroso. Esperé detrás de la casa, con el corazón latiendo<sup>62</sup> violentamente y con la espalda contra una pared de cemento frío. Cuando lo vi doblando la esquina, lo llevé de la mano hacia las sombras. Entonces me di vuelta y levanté la cara para recibir un beso. Cerré los ojos y sentí su aliento<sup>63</sup> y el sudor frío de la mano que yo todavía estaba agarrando, pero cuando le ofrecí mis labios para que me besara, se apartó y se fue.

Ángel Ramón desapareció de mi vecindario después de mi atrevimiento. Estaba abrumada,<sup>64</sup> pero no se lo podía decir a nadie por temor a que me castigaran. Ni siquiera mi tía hubiera aprobado tal descaro de mi parte. Recé por tal que Ángel Ramón no regara<sup>65</sup> la historia por el pueblo y me avergonzara. Más tarde me di cuenta de que él no podía decir nada tampoco: su hombría estaba en juego, había rechazado<sup>66</sup> los favores de una mujer, aunque no era más que un beso lo que le había ofrecido. Si se enteraban, se habría convertido en blanco del acoso malsano<sup>67</sup> de los otros muchachos por su cobardía. Yo había cometido un error terrible, había roto las reglas del juego, y había ahuyentado<sup>68</sup> a mi dulce admirador. Cuánto apartó a este muchacho de las mujeres este imprudente acto mío, no lo sé; por suerte, el verano estaba llegando a su fin y podría regresar a climas más frescos —menos pasión y más lógica.

De vuelta en la ciudad, mientras bregaba<sup>69</sup> con la lucha diaria del amor y la vida «al estilo americano» a veces pensaba en lo pausado<sup>70</sup> que es el amor en el trópico; la sensualidad de permitir que tu corazón marque su propio ritmo; cómo se permite que el amor florezca como un rosal bien cuidado. Era una época lírica. Pero no me he olvidado de Nora tampoco, ni de lo muertos que se le veían los ojos, puesto que no tenía visión del futuro. La bebé que llevaba en la cadera ya puede tener sus propios hijos, y Nora, si llegó a pasar de los treinta, estará cargando a sus nietos. Todavía pienso en ella cuando pienso en mi verano de quinceañera y las muchas direcciones que la vida de una mujer puede tomar, con la palabra «amor» como la única señal que se ve en la encrucijada.

<sup>55</sup> don Juan  
<sup>56</sup> recato, honestidad  
<sup>57</sup> rizado, ensortijado  
<sup>58</sup> romance  
<sup>59</sup> me... me miró  
fijamente  
<sup>60</sup> me... corrí el riesgo  
<sup>61</sup> miedo  
<sup>62</sup> palpitando,  
agitándose  
<sup>63</sup> respiración  
<sup>64</sup> preocupada  
gravemente  
<sup>65</sup> esparciera,  
desparramara  
<sup>66</sup> resistido  
<sup>67</sup> acoso... persecución  
enfermiza  
<sup>68</sup> hecho huir  
<sup>69</sup> luchaba  
<sup>70</sup> lento



---

## Para verificar su comprensión

Identifique brevemente a los siguientes personajes.

1. Nora
2. Mamá
3. la tía y su novio
4. Wilson
5. Ángel Ramón

---

## Interpretación de la lectura

1. ¿Cómo cambia el mundo para Ortiz Cofer al cumplir los quince años?
2. En su opinión, ¿cuál es la función de Nora en esta memoria de la autora? ¿Por qué dice Cofer que «sentía una rabia inexplicable cuando la veía»?
3. Comente la importancia del matrimonio para la Mamá. ¿Qué piensa Ortiz Cofer de esto? ¿Y Ud.?
4. Describa la costumbre del cortejo que comenta Ortiz Cofer. ¿Cómo difiere de la de Nueva Jersey? ¿Cómo rompió Ortiz Cofer las reglas del decoro? ¿Qué piensa ella de las dos costumbres? ¿Y Ud.?
5. ¿Por qué se refiere la autora a su verano de quinceañera como una «encrucijada»? ¿Lo ve Ud. así?